



no lo creían merecedor de tal reconocimiento y lo juzgaban como un epígono tardío y poco interesante de *Orígenes*. Después del reconocimiento, Friol continuó apartado del “mundanal ruido”. Es cierto que algunos lo preterían, pero, por otro lado, él se había llenado de una hiriente y altiva soledad. Su muerte, ocurrida el 2 de junio de 2010, sorprendió a muy pocas personas. Salvo un cortísimo número de amistades que se interesaban por él, la mayor parte de la “república de las letras” lo creía muerto desde mucho antes.

Como investigador y ensayista, él contribuyó, desde la Biblioteca Nacional, donde laboró alrededor de tres décadas, al conocimiento de la literatura del siglo XIX cubano. En ese sentido resulta imprescindible su ensayo “La novela en Cuba en el siglo XIX”, publicado en la revista *Unión*, que derivaba de dos conferencias que dictara en la Biblioteca en 1968, tanto como la edición del *Diario del rancheador*, de Cirilo Villaverde, que él, con paciencia muy suya, transcribió y dio

## El unicornio torturado por el fuego

Por ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ

Si pienso en Roberto Friol, sólo puedo imaginármelo como era aquel día de 1977 cuando me lo presentaron Cintio Vitier y Fina García Marruz. Un hombre de corta estatura, calvo, en el que llamaban la atención unos espejuelos de gruesos cristales y una voz de persona ceremoniosa con algo de lamento. Esa vez, como alguna otra que le visité en aquella mesa de trabajo de la Colección Cubana de la Biblioteca Nacional, dejó por un momento el periódico o la revista antigua en la que estaba, literalmente, sumergido, para intercambiar unas palabras conmigo. Nunca tuvimos una conversación extensa. Era un hombre tímido, marcado por el recelo y con una susceptibilidad a flor de piel que lo hizo sufrir en exceso, tanto como a los amigos y compañeros de trabajo que lo apreciaban muchísimo y buscaban su compañía.

Yo había leído en mis años de estudiante de bachillerato su primer libro de poesía: *Alción al fuego*, una *rara avis* en medio del fárrago de prosaísmo de aquellos tiempos, y se lo comenté. Él se alegró muchísimo y me trajo un ejemplar dedicado. Sin embargo, aunque me elogió unos poemas mecanografiados que había recibido gracias a Cintio y Fina, se negó a leer el cuaderno que yo comenzaba trabajosamente a edificar. Tomó al vuelo una frase mía, aquella más o menos retórica, de que yo no lo consideraba una obra “acabada” y me dijo con un tono que no excluía la irritación: “Yo no juzgo sobre cosas inconclusas”. La última vez que lo vi fue en un crepúsculo, sentado en un banco del Parque de la Fraternidad, conversando con otro poeta, Luis Marré. Nunca llegamos a intimar.

Su Premio Nacional de Literatura, otorgado en 1998, me alegró muchísimo y preparé el ensayo “*Alción al fuego* o la teología del desamparo” que leí en un evento nacional de poetas, donde fue recibido con marcada indiferencia. La mayoría de los asistentes, aunque no lo dijeran con claridad,

a la luz con una introducción y numerosas notas. En 1977 la Editorial Arte y Literatura publicó su *Suite para Juan Francisco Manzano*, el más amplio estudio realizado hasta esa fecha sobre el poeta esclavo. Otros campos atrajeron su atención, entre ellos la escritura de José Lezama Lima: formó parte del comité internacional que preparó para la Colección Archivos la edición crítica de *Paradiso*, aparecida en 1988, a la que contribuyó con su texto “*Paradiso* en un primer círculo”. Dos años antes había dictado en la Casa del Poeta, en Trocadero, la conferencia “*Rasguños en Paradiso*”.

Según cierta leyenda que por años anduvo en los corrillos literarios, el extenso estudio que preparaba sobre Cirilo Villaverde y que debía constituir la pieza mayor de su obra ensayística, fue destruido por su propia mano, como protesta por las difíciles condiciones en que vivía durante los años del llamado Período Especial. ¿Se consumió totalmente este acto de desesperación o será posible hallar fragmentos de esa labor? Quizá nadie se ha empeñado en verificarlo.

Como poeta, no creo poder suscribir la apresurada afirmación de un apologista de última hora que lo calificara como “uno de los más importantes poetas iberoamericanos contemporáneos”. Sin embargo, estoy seguro de que es el autor de una obra lírica valiosa, que debe figurar en toda antología que recoja a los creadores notables de la segunda mitad del siglo XX cubano. Estuvo marcado, es cierto, por algunas aristas de la poética de *Orígenes*, especialmente la de los autores de la segunda promoción, que también le eran muy cercanos en lo personal: Eliseo Diego, Fina García Marruz, Octavio Smith, pero logró conformar un acento y un estilo propios, y si vuelve sobre ciertos temas como la pobreza, el desamparo ante la existencia, la búsqueda continua de Dios como figura paterna, el aprecio por lo humilde, por aquello que la mayoría ignora o desprecia, lo hace de un modo inconfundiblemente suyo.

La mayor parte de los poemas de *Alción al fuego* están fechados entre 1960 y 1961, lo cual explica la angustia, el desconcierto, la sensación de prueba extrema a la que se siente sometido el autor, junto con otros cristianos de Cuba, marcados por la tensión entre el giro marxista que tomaba la Revolución y la fidelidad al Evangelio. Por eso le es tan familiar el pasaje que recuerda la noche de agonía de Cristo en el Huerto de los Olivos, la víspera de su crucifixión, como recoge en uno de sus poemas mayores, “Palabras en el huerto”, donde adivinamos las lágrimas y el sudor de sangre cuando dice:

Reposo

encuentre al fin tu escritura mientras los clavos  
que traspasen mis huesos y mi carne unan  
tu pueblo a tu verdad, todos,  
los de ahora y los de después reunidos  
en tu mano, inclinándose al oro de tu nombre  
y alzando sus lámparas por tu lámpara hasta  
el fin.

El texto, que tiene cercanas resonancias del capítulo decimoquinto del Evangelio de Juan, la súplica del Redentor por su pueblo, es una oración personalizada, ruega por Pedro o Cefas –que quiere decir piedra-, el discípulo torpe que va a negarlo pero que debe ser el fundamento de su Iglesia:

Por Cefas te pido, mi piedra amada, sobre  
la que edificaré mi esposa. Su rudeza  
y su amor armen las redes en que queden tus peces:  
No sabe enteramente mi sueño, pero ha comido  
mi cuerpo sobre la mesa sin saber, y el vino inmarcesible

le asienta el testimonio de la sangre más allá  
del gallo y de las lágrimas, de la negación y del  
recuento tembloroso.

No es extraño que el signo de la cruz esté tan presente en el cuaderno, asociado siempre al sacrificio redentor y a la resurrección, como aparece en las obras de los grandes místicos, en Martí, y en la mayoría de los autores de *Orígenes*. La dádiva que siente el poeta recibir de Dios no es la recuperación del Edén, sino la entrega del madero que lo prepara para la trascendencia:

No, no es el jardín sino  
el desgarrón, para que tu mirada  
un instante me ciña la cabeza  
claveteada al madero (¡y la resurrección  
para después...!). Los días blancos, la harina  
de los días blancos pegada a la tormenta (músculos,  
miedo, silbo); pero tú  
contra mi noche, como llama  
que me vuelve mendigo de oro, que arde  
en mí: rostro de la dádiva (...)

Mas esta dimensión sacrificial es una ruta a recorrer en soledad a veces, como ofrecimiento de sí mismo, así lo hace evidente en el poema “Ofrenda”, una de los textos más fuertes y concentrados del libro:

Rilke te ofrendó la imagen de un caballo  
sangrante visto en Rusia. Yo te ofrendo  
no los caballos azules de Franz Marc,  
no las yeguas premiadas de mi padre  
que hacían piruetas ante el palacio presidencial,  
no aquella, no herrada aún, que pateó a mi hermano  
en la frente.

Tampoco el misterioso caballito  
de cartón de mi infancia, ni el violento  
caballo de sangre de mi sangre, sino este - ¡acéptalo!  
unicornio torturado por el fuego.

Después de este libro iniciático hubo un silencio editorial de varios años que se rompió en 1988 con *Turbión*, al que siguieron *Gorgoneion* (1991), *Tres* (1993), *Kid Chocolate* (1996), *Tramontana* (1997) y el último que diera a la luz en vida: *Zodiakos*, aparecido en 1999 en la Colección del Premio Nacional de Literatura.

Un poeta muy cercano, en obra y talante, a Friol, Francisco de Oráa, escribió sobre su obra:

“Esta poesía obsesiva por las dimensiones opuestas del *adentro* y el *afuera*, formalmente también hace su juego a escondidas. Esta poesía se esconde. Esconde su trato con las más altas y arduas instancias del espíritu en una forma expresiva llana, directa, a veces coloquial. Esconde su angustia en una fineza de imaginación, en una tenue y sobria voz que a nadie sobresalta o choca. Fineza, cortesía tal vez recibida del ancestro oriental que el poeta confiesa.”



Diploma otorgado a Roberto Friol, realizado por el artista de la plástica Roberto Fabelo.

El escritor era un hombre que quería ocultarse, guardar su pena, imponer a los demás el límite pudoroso de la cortesía, pero la poesía lo obligaba a echarse hacia fuera. El lenguaje que emplea es testigo de esa dicotomía, se trata de un decir que tiene algo de coloquial, de natural, pero en realidad, su sencillez ha sido trabajada y castigada, hasta que pueda decir lo necesario, sin demasiados adornos. Buen ejemplo de ello es “Tu eternidad” que forma parte de *Turbión*:

Tengo y vuelvo a tener tu eternidad  
cada mañana con tu nombre,  
cada tarde con los velos que nos separan de ti,  
cada noche con tu misterio.

De madrugada tengo tu eternidad  
en el sueño que clama por tu rostro,  
en este desasirme de mí,  
para darle posada a tu palabra.

Y en la muerte tendré tu eternidad.

Este lenguaje está siempre en función de la introspección. El quehacer poético de Friol es un continuo interrogarse sobre el sentido de la existencia, sobre el alcance de la vida, en la misma medida en que es preparación para la muerte. Víctor Fowler ha llegado a escribir: «Pocas veces había visto yo enfrentar la muerte desde la poesía como Friol lo hace: con estilo delicado y sin temblor». Sólo que se trata de un morir para resucitar, lleno de esperanza cristiana, nos dice en la “Poética” de *Tramontana*:

De los cimientos del ser  
la noche en cada verso,  
su luz de parpadear mundos  
con el asombro y la humildad  
de quien recibe una antigua moneda entrañable.

Censo de luz que brama  
desde las costas del ser, de las miserias,  
de las risas empotradas en las cosas,  
en los días de la relación de cada quien.

¿Cantan qué almas en cada verso,  
qué designios, qué pactos?

Lejos, cerca, en la agonía del testimonio.  
Esperanzado en la resurrección.

Carmen Suárez León ha acertado al definir el dinamismo de su poesía de este modo:

“La poesía de Friol se sitúa en lo que quizás podría llamarse una línea de intimismo reflexivo, en el caso del autor, encaminada hacia el esclarecimiento de la propia personalidad que se siente fragmentada, para luego ir a la reconstrucción de su modo de relacionarse con el mundo.”

Este intimismo fue seguido por él, sin sobresaltos y con admirable coherencia, hasta su último libro. Allí está esa sinóptica “Biografía” que el poeta se adjudica, no sin injusticia:

Has reñido como cien ancianos gruñones a la vida.  
Has desdeñado cuanto te ofrecía.  
Has alzado el puño para golpearla.  
Has anunciado una violenta despedida.

Con todo, en su hosquedad te sonreía.

Si bien los escritores de su generación, la llamada “de los

años 50”, salvo raras excepciones como Cleve Solís, Francisco de Oráa y Luis Marré no vieron en el autor de *Alción al fuego* un compañero de ruta, es reconfortante observar que algo diferente ocurrió al final de la centuria, cuando un autor joven, Juan Carlos Flores (1962) incluyó en su libro *Los pájaros escritos* (1994) la conmovedora “Oración por Roberto Friol”:

*Yo lo he leído en las noches, y en el atardecer cianótico  
cuando el país es una gota de sangre en mi mantel.  
Su palabra me dijo el resplandor de la estrella de Cristo  
que había olvidado y está ahí como él dice  
brillando sobre el polvo, matando sobre el polvo,  
pedernal o brújula o resaca con que frotarse el pecho.  
No soy cristiano, ni burro, ni bueno  
pero algo se podrá hacer con esa luz  
a la hora de construir una casa.*

*Alzo sus libros a la altura de un monte, en el estante del  
alma*

*y eso es más que suficiente para que Friol  
se iguale a Homero, a Dante, a Shakespeare, a Friol.*

Sólo hace muy poco tiempo pude contemplar un retrato del poeta hecho al óleo por su amiga y compañera de trabajo Clara Gómez de Molina en 1986. En la imagen, el escritor luce aquellos toscos espejuelos que la tarde en que nos presentaron, casi una década antes, ocultaban la mitad de su rostro. Sin embargo, el hombre que parecía cubierto por la fatal grisura de los oficinistas y los maestros jubilados, aquí recibe sobre sí una lluvia de amarillos y azules que vienen del linaje de Van Gogh. El investigador de la terca cotidianidad se ha transfigurado en el poeta que otra amiga, Cleve Solís, vio en todo su esplendor:

“Roberto ha llegado a formar un bosque iluminado de sabios verdes, donde los pájaros azules se alimentan sólo de su mirada. Las esencias de la vida se apresuran a reconocer la vastedad de su espíritu taciturno y venturoso a la vez, donde una fortuna de poesía ronda sus asideros más recónditos.”

Ese es el Roberto Friol que yo quiero recordar.

